JACOBO II.

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS:

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

Don Ventura de la Vega.

MADRID.
IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.
1837.

PERSONAS.

Cárlos II, *rey de Inglaterra* (55 años.)
El duque de York, *despues Jacobo II* (52 años.)
María de Este, *princesa de Módena, su segunda muger* (18 á 20 años.)
Miss Lucía Walter, *dama de Cárlos II.*
Jacobo Scott, *duque de Montmouth, hijo natural de Cárlos II y de miss Lucía.*
El padre Piter, *jesuita, confesor del rey.*
Barillon, *embajador de Luis XIV en la corte de Inglaterra.*
Guillermo Penn, *cuákero.*
Jorge Jefferies, *secretario del duque de York.*
Sunderland, *presidente del consejo privado.*
Jorge Halifax, *lord tesorero.*
Lord Russel, *diputado de la cámara de los lores.*
Hampden, *diputado de la cámara de los comunes.*
Melford, *del consejo privado, personage mudo.*
Dumbarton, *personage mudo.*
El doctor Shart.
Ana, *criada de miss Lucía.*
Jervis, *hombre del pueblo.*

Pueblo. - Soldados ingleses y holandeses.

Londres: 1685.

ACTO PRIMERO.

16 DE ENERO DE 1685.

Salon del palacio de White-Hall, terminado por una galería adornada de retratos y armaduras góticas. Á la izquierda varias puertas que conducen á lo esterior y á las habitaciones: á la derecha varias ventanas altas, una de las cuales se prolonga hasta el nivel del piso.

ESCENA PRIMERA.

HALIFAX. SUNDERLAND. BARILLON. *Poco despues* GUILLERMO PENN. (*Hay dos alabarderos colocados en la última puerta. Barillon y Sunderland hablan paseándose: su plática parece animada. Halifax está pensativo hácia el proscenio. Guillermo Penn sale, y se acerca á él.*)

Pen. Y bien, lord Halifax, qué noticias hay? cómo sigue el rey?

Hal. Ah! Sir Guillermo, mal, muy mal! no tenemos esperanzas.

Pen. (*Suspirando.*) Cuando se vive demasiado bien, no se vive mucho tiempo. (*Aparte.*) Pobre príncipe! La Inglaterra lo ha de llorar mas de lo que piensa. (*A Halifax.*) Muere demasiado pronto... ó quizá demasiado tarde.

Hal. Chit...! no hableis asi: ese embajador de Francia, ese Barillon, que se está ahí paseando con Sunderland, tiene oidos de ético.

(*Todos tienen el sombrero en la mano, menos Guillermo Penn que permanece cubierto. Sunderland hace una seña á Barillon, como encomendándole el silencio, y se acerca á Penn y á Halifax.*)

Sun. Qué novedad...! Desde cuándo se halla el rígido y austero Guillermo Penn, el patriarca del nuevo mundo, en nuestra ciudad de Londres?

Pen. Dos dias ha, sino lo tomas á mal.
Sun. Parece fabuloso lo que se cuenta de vuestra colonia de tembladores y de vuestra ciudad de Filadelfia. Por Dios santo! crear en siete años una nacion de cuákeros, y darle su nombre: eso es lo que se llama humildad republicana.
Pen. (*Con frialdad.*) Roberto, conde de Sunderland, pide á Dios, si es que tú tienes Dios, que la Pensilvania sea siempre amiga de la Gran-Bretaña.
Sun. Hola! pensamientos belicosos... Mahoma no hubiera dicho mas.
Hal. Pero en fin, sir Guillermo Penn, qué buen viento os trae á Inglaterra?
Pen. (*Con ligera sonrisa.*) No os inquieteis, privilegiados cortesanos; no es el viento de la ambicion: es mas bien el de la gratitud. El valiente almirante, mi padre, (*Quítase el sombrero, y póneselo al instante.*) sacrificó su fortuna entera á la causa real, y el rey Cárlos II creyó recompensarme cediéndome el principado de un desierto de la América Septentrional: alli he llevado yo hombres puros y brazos activos, alli he dejado instituciones libres y buenas costumbres; y aqui vengo á traer oro, que para nada me sirve, y que trato de ofrecérselo al príncipe mi bienhechor, (*Todos se miran.*) el cual lo necesita mas que yo, puesto que se halla á merced y á sueldo de un rey estrangero.
Bur. Esa es una calumnia esparcida por los puritanos y por los descontentos: nunca el rey Luis XIV, mi amo, ha pensado...
Pen. (*Interrumpiéndole.*) En pagar las prodigalidades de Cárlos II; lo creo, pero su oro ha corrompido bastantes corazones, ha comprado bastantes conciencias... Vosotros los plenipotenciarios llamais á esto política... yo lo llamo corrupcion, infamia.
Sun. (*Riendo.*) Si no teneis otros cumplimientos que hacernos, señor Licurgo, tanto valia que os hubierais quedado en vuestros bosques de América.
Pen. Pienso volverme á ellos muy pronto, milord.

ESCENA II.

DICHOS. MONTMOUTH.

Mon. (*Sale agitado.*) Ni una alma en las antecámaras. solo algunos guardias; los cortesanos todos en San Ja mes: presagios seguros de nuevo reinado...!

Hal. (*Admirado.*) Montmouth...!

Sun. (*Sorprendido.*) El duque aqui...!

Mon. Sí, milores: aqui teneis un desterrado que vuelve parecer, un cautivo que rompe su cadena... pero lueg satisfaré vuestra admiracion... decidme ahora... y n padre...? le veré aun...? vive todavía, no es verdad... Horrible silencio! (*Viendo á Penn.*) Ah! os hallo en est sitio, mi digno amigo...! no lo he perdido todo! (*Echa se en sus brazos.*)

Pen. Querido Montmouth!

Mon. (*Estrechando su mano.*) En la mansion del duelo del dolor es donde debia yo de encontrar á un apostc del Evangelio. (*A los otros.*) Señores, he abandonad mi destierro de Flandes para ver por la última vez á m padre: mi madre está á su lado, lo sé; y espero que n me negueis el triste placer de recibir su último sus piro.

Hal. No podemos acceder á los deseos de vuestra graci creed que lo sentimos...

Mon. Cómo...?

Sun. Es cierto, señor duque, que miss Lucía... (*Enmen dándose.*) miladi Walter está al lado de S. M.; pero te nemos las órdenes mas terminantes...

Mon. Ordenes! de quién? del duque de York... pronto h empezado...! órdenes para mí...? es imposible que m esperara. Calumniado villanamente, desterrado de la pre sencia de mi padre por las mas bajas intrigas, apena sé el riesgo de su vida atravieso los mares, llego, me rechazan, y no me dejan dar el último abrazo á m padre...! sus lacayos vienen á decirme que tienen ór denes!

Hal. Milord duque...

Mon. Ah! estos son los privilegios de la sangre real! M corazon se desgarra porque soy hijo de un rey. El hij

de un carnicero de Londres es mas feliz que yo: se acerca al lecho de su moribundo padre, le ve, le abraza, le llora, recibe su bendicion; y yo...! es preciso que disimule mi dolor, que devore mis lágrimas, que no tenga amor, que no tenga familia, que no tenga alma... porque soy hijo de un rey!

Pen. Jacobo...!

Mon. Señores, os declaro aqui mismo que no reconozco esas pretendidas órdenes, que las desprecio... y ¡por Dios santo! entraré en la habitacion del rey, como entré por servicio suyo en Bothwel... con la espada en la mano. (*Pone mano á la espada.*)

Hal. (*Poniéndose á la puerta de la habitacion.*) Dareis semejante escándalo en palacio, milord, y en estos momentos?

Un ugier. (*Anunciando.*) Su gracia, milord duque de York.

Mon. York...! sus espías le han dicho ya mi llegada.

ESCENA III.

DICHOS. EL DUQUE DE YORK. EL PADRE PITER. JEFFERIES. *Numeroso séquito del duque, que salen de la habitacion del rey.*

Yor. Su magestad, señores, está mejor, mucho mejor.

Pit. Nuestras oraciones no han sido desoidas: el rey acaba de levantarse: el doctor Shart responde de su vida.

Mon. Oh! felicidad! puedo creerlo...? (*Al duque.*) Milord duque, no dareis orden, como hermano del rey, para que su hijo sea admitido á su presencia? Me han negado insolentemente la entrada, y lo han hecho en nombre vuestro.

Yor. (*Con frialdad.*) Montmouth, habeis cometido una imprudencia en salir de Bruselas sin permiso del rey...

Mon. (*Con frialdad.*) Milord duque, mi señor tio, vos sabeis aqui, mucho mejor que nadie, que de cinco años á esta parte no se me ha contestado á una sola carta. (*Exaltándose.*) El permiso del rey...! Habia de aguardar para pedírselo á que su cadáver hubiese bajado á las bóvedas de Westminster? Milord, yo vengo á ver á mi padre, y lo veré. (*El duque se reprime, y hace seña á todos de que se retiren, escepto á Montmouth.*)

Yor. (*Al padre Piter.*) Id á rogar por la salud del rey, padre mio.

Pit. Esa es mi primera obligacion. (*Aparte.*) Este Montmouth...! á qué mal tiempo ha llegado...! (*Entra en la habitacion. Los demas se van por el lado opuesto.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE DE YORK. MONTMOUTH.

Yor. Jacobo, quiero persuadirme de que el amor filial es la única causa que os conduce á Londres: la situacion del rey os sirve de disculpa; pero lejos de dar á la corte un ejemplo de culpable desobediencia, debeis, como súbdito y como hijo, mostraros sumiso y respetuoso.

Mon. Ah! tio, los momentos son ahora harto preciosos para desperdiciarlos en palabras: no supongais en mí nada, nada mas que el profundo dolor que siento en mi alma. Yo no uso del título de príncipe de Gales: qué os sobresalta, pues...? qué temeis...? mi ambicion...? qué ambicion quereis que se sienta delante de la tumba de un rey! En fin, no hablemos de esto: dejemos ambos, vos las sospechas y yo las reconvenciones: me temísteis, me calumniásteis con vuestro hermano, fui desterrado injustamente... no os acuso tanto á vos como al reverendo padre Piter... No importa, todo lo olvido, no volvamos á hablar de ello... pero por Dios, que vea yo á mi padre, llevadme á sus brazos.

Yor. Os perdono esas sospechas, Jacobo, os perdono la injusticia que cometeis con ese santo varon que vuestra impiedad ultraja. Ah! todavía teneis abiertos nuestros brazos! Cárlos veria endulzados sus últimos momentos si este hijo que tanto ha amado, que ama todavía, quisiera abrir su corazon á la verdadera creencia...

Mon. Milord! me hablais de apostasía...! eso no es responderme.

Yor. (*Aparte.*) Carácter de hierro! - Sabed que vuestra adhesion al culto reformado es lo que mas digusta al rey.

Mon. Condenacion...! llevadme á su lecho fúnebre, que yo le vea, que muera en mis brazos... y hacedme luego jesuita si quereis.

Yor. (*Con fingida bondad.*) Escúchame, querido Jacobo, y no juzgues mal á tu tio York. Cárlos está muy débil, muy delicado; la menor conmocion pudiera acabarlo; él está muy ageno de sospechar tu llegada, y quizá tu presencia sería el golpe mortal.

Mon. (*Con viveza.*) Con que suponeis que moriria de gozo...?

Yor. (*Fingiendo.*) Quiero decir que la sorpresa podria hacerle impresion, y es necesario proceder con prevision y prudencia. Quieres creerme, Jacobo, y confiar en mí? Verás como yo lo arreglo todo en el dia de hoy.

Mon. De veras...? Ah...! os creo, os amo, mi querido tio.

Yor. Voy á prepararle para esta entrevista.

Mon. Mi madre está á su lado: anunciadle antes mi llegada, y obrad los dos de concierto.

Yor. (*Como para alejarlo.*) Bien, bien.

Mon. (*Caviloso.*) Cómo es posible...! mi padre, á quien siempre he visto tan tierno, tan cariñoso conmigo...! olvidarme de esta manera, á mí, hijo de su primer amor, nacido cuando él se hallaba proscrito y desgraciado...! Y qué, milord, no ha hablado de mí...? no ha dicho ni una sola vez que deseaba verme?

Yor. Anda, Jacobo, anda, y confia en mi promesa... y si Dios ha resuelto disponer de esa corona, vivamos unidos.

Mon. Avisad antes á mi madre... No os detengais: cada minuto es un siglo para mí. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL DUQUE DE YORK.

No parece tener mal fondo... pero es herege, es herege...! y de condicion violenta... capaz de hacer titubear al mismo rey de Francia...! Es necesario contemporizar con él y obrar con precaucion. Ademas, como él mismo decia, no es príncipe de Gales, y miss Lucía, su madre, no es mas que miss Lucía. Ese casamiento de la mano izquierda no será mas que una paparrucha de la gaceta de Holanda. Sin embargo, es indispensable hacer que Jefferies escriba á Rotterdam. Estoy en un estado de conmocion... de agitacion...! creo que tengo calentu-

ta...! Esto es la proximidad al trono... ah! qué angustias...! qué angustias...! Hoy todavía duque de York... y mañana, esta noche acaso, rey... rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda...! (*Enjúgase la frente. Sale el padre Piter con misterio.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE DE YORK. EL PADRE PITER.

Yor. Y bien, padre Piter, esa mejoría...?

Pit. Esa mejoría, es la mejoría de la muerte.

Yor. De veras? Sin embargo, los médicos...

Pit. Pueden equivocarse...

Yor. No observásteis, padre, cómo recobró de repente las fuerzas? cómo se levanto apoyándose en el brazo de miss Lucía, y dejándonos á todos asombrados? Yo, por mi parte, casi llego á sospechar que esa muger ha empleado algun sortilegio...

Pit. Yo al principio me temí que salia adelante.

Yor. No digais eso, padre mio; quien os oyera creeria que deseais la muerte de ese pobre Cárlos.

Pit. Hijo mio, la resignacion es un manto con que nos cubrimos al profesar en nuestra orden de la Compañía de Jesus: habia yo de murmurar de los decretos de la Providencia? habia de lamentarme porque un pecador, aunque sea rey, se acerca á pedir el celestial perdon? y mas si este rey ha manifestado por desgracia poco celo por nuestra santa religion, y deja su lugar á un rey piadoso, dechado de fé y de amor, llamado por el mismo Dios al trono de sus abuelos para derrocar la heregía y levantar nuestros altares?

Yor. Ya empiezan las adulaciones, padre...? no estoy todavía acostumbrado.

Pit. Ese acto de contricion os ensalza, príncipe mio!

Yor. Ese Montmouth me ha trastornado!

Pit. Supongo que le habreis hecho salir de palacio?

Yor. Es violento como un huracan... no puede uno descartarse de él sin ceder algo...

Pit. Qué le habeis prometido?

Yor. Nada, nada; pero le he visto blando, arrepentido... y en nuestra actual situacion me ha parecido mejor acariciarlo...

Pit. Habeis acariciado un volcan.

Yor. Y si lográramos convertirlo...?

Pit. Jamas. Es la misma heregía en carne humana.

Yor. En fin, es hijo de un rey...

Pit. Hijo bastardo de un rey, y mañana súbdito vuestro.

Yor. Y ese matrimonio secreto del rey y su madre con que nos estan atronando los oidos hace veinte años...?

Pit. Eh! ese es un cuento inventado por vuestro diabólico Burnet. Aun cuando existiera ese acto, sería un caso controvertible, porque Cárlos entonces no era mas que príncipe de Gales. En fin, á toda costa alejad de aqui ese tizon infernal, desviadle, apartadle muy lejos: evitad esas despedidas lacrimosas, esas escenas conyugales que suelen cambiar la faz de un imperio: es preciso reinar, príncipe; y os lo repito, mañana sereis rey.

Yor. (*Agitado.*) Cómo...! estais seguro...?

Pit. El cielo lo ordena.

Yor. (*Mas agitado.*) Ah! padre... si nos oyeran...! bastaría esto para reproducir esas infames voces que circulan... sobre que la muerte del rey no es natural. Bien sabeis, padre mio, con qué encarnizamiento han esparcido y acreditado esa calumnia los whigs y los presbiterianos, haciendo creer al pueblo que se ha tratado de envenenarlo, acusando á los católicos, y sobre todo á vuestra santa Compañía de Jesus... Ah! me horrorizo...!

Pit. (*Aparte, alzando los hombros.*) Eh! Dios mio...!

ESCENA VII.

DICHOS. SUNDERLAND.

Sun. Milor duque, preparaos á recibir á S. M.

Yor. El rey...! aqui...!

Sun. Aqui viene; ya habla, anda por su pie... vamos, es maravilloso! Le han anunciado la llegada de una diputacion de la cámara de los lores, y S. M. se ha sonreido, se ha levantado de su sillon... en fin, está casi convaleciente.

Pit. (*Aparte.*) Es cosa inesplicable!

Sun. Hasta la jovialidad de sus primeros años parece que ha recobrado: aquel genio decidor y satírico á la francesa...

Pit. (*Aparte.*) Nos han servido mal.

ESCENA VIII.

HOS. CÁRLOS II. EL DOCTOR SHART, BARILLON. MISS LU-. HALIFAX. MÉDICOS. PALACIEGOS. PAGES &c. *En seguida* MORRAI. RUSSEL. &c.

ugier. (*Anunciando.*) Su magestad el rey.
(*El rey sale apoyado en Shart y en miss Lucía: camiado lentamente, sonriendo con trabajo á los circunstantes: ntanle en un sillon.*)

y. He querido hacerme el valiente, y me he fatigado nucho. (*Rodéanle todos. El doctor Shart le toma el pulso, y observa sus movimientos.*)

r. Querido hermano, con que V. M. se siente tan mejorado?

y. Ay! hermano, esta es la mejoría de la muerte.

r. Señor, qué idea!

y. (*Suspirando.*) Idea muy natural en mi estado presente.- Vamos, miladi, no hay que llorar: hacia mucho tiempo que no nos veíamos, pobre Lucía, y la separacion debe seros menos sensible.

ıc. Menos sensible!

?y (*Al oido.*) Supongo que habrás escrito á nuestro Jacobo? Pobrecillo...! llegará tarde. (*Procurando contener su conmocion.*) Disimulemos: la etiqueta... la etiqueta...! un rey no puede morirse como un labrador. Ah...! ya me olvidaba... que entre la diputacion de los pares del reino. (*Un chambelan introduce tres miembros de la cámara de los pares y otros tres de la de los comunes.*) Buenos dias, milores; buenos dias, señores de la cámara de los comunes... Qué es eso, conde Morrai? os asusta mi cara...? estoy desconocido, no es cierto...? bien lo dice el vestido... (*Agarrándose el vestido, que le viene ancho.*) Qué tal...? este no es muy palaciego.

ſor. Señor, nosotros confiamos aun que el cielo se dignará de prolongar los preciosos dias de V. M.

ey. (*Con voz débil.*) Sí, sí; preguntad al doctor Shart si es de esa opinion. Ea, señores pares, yo os ruego que vivais en buena armonía con los diputados si es posible... y que hagais por mi hermano lo que por mí... Haced tambien algo por el pueblo... (*Déjase caer sobre el

respaldo del sillon.) No puedo levantarme, milores. *dos diputaciones saludan y se van.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *menos Morrai, Russel, y los demas diputa*

Yor. Señor...!
Luc. Cielos! se ha desmayado!
Sha. (*Inquieto.*) Señor...! Ha hecho demasiado esfuer
Pit. (*Aparte.*) Dura un siglo este hombre!
Rey. (*Volviendo en sí.*) No es nada... (*Viendo á llon.*) Ah! estabais aqui, Barillon? dad mi último á al rey de Francia... es mayor que yo, y sin embar me entierra. Es un grande y poderoso monarca... d siado poderoso.
(*Barillon se inclina y quiere responder: el rey le seña de que guarde silencio.*)
Yor. Señor... la duquesa de Postmouth ha solicitado mucha instancia presentaros sus respetos...
Rey. (*Con viveza.*) No quiero verla... es una intriga me ha hecho cometer injusticias... su afecto ha siempre á mi poder mas que á mi persona... (*A Lucía.*) No es como Lucía... esta es la única que n amado por mí... y yo he sido ingrato y cruel...
Luc. Hoy lo reparais todo...!
Yor. Señor... mi caro hermano... no consentireis en re á miladi la duquesa de York?
Rey. (*Con desagrado.*) Vuestra segunda esposa...? No, mano, no: dispensadme... me disgusta mucho su d cion exagerada: si la viera, me moriria de fastidio... nos ha traido de Módena la peste, el incendio y lo suitas.
Yor. Ah! Señor! mi muy amado hermano! es eso lo nos habiais prometido? Muy agudos deben de ser tros dolores corporales, para que os hagan blasfema de la comunion romana... hemos rogado tanto por
Rey. Eh! no me calenteis la cabeza con vuestra d cion... Solo la presencia del padre Piter destruye to bien que me estaba haciendo la medicina que me ha do el doctor Shart...
Yor. Cómo! hermano! vos atribuis el alivio que senti

a medicina? qué impiedad! (*El rey impaciente da re-
tidas palmadas en el brazo del sillon: manifiesta en se-
ida mucho abatimiento: todos le rodean con ansiedad.
uelto en sí, hace señas á todos de que se retiren, y á
rk de que se quede.*)

Por Dios, señor, retiraos á vuestra habitacion... ne-
sitais indispensablemente la mayor quietud, el mas
rfecto reposo... de lo contrario temo...

Andad, doctor, andad... un rey debe morir en pie.
*Hace otra seña, y todos se retiran en silencio. Miss Lu-
se va la última: el rey la detiene y la estrecha en sus
os. El padre Piter se acerca al duque de York y le ha-
n secreto.*)

(*Aparte á York.*) No le hableis una palabra de Mout-
outh.

ESCENA X.

EL REY. EL DUQUE DE YORK.

(*Arrójase á los pies del rey llorando.*) Cárlos...! Cár-
s...! mi corazon está despedazado.

. Jacobo, tú no has nacido con un corazon deprava-
o, lo sé, pero tu fanatismo religioso te hará malo...
yeme y no me interrumpas... los momentos son con-
dos para mí... ves ese reloj...? muy pocos momentos
e quedan de vida. A las puertas de la nada, hermano
io, no hay ya ilusiones... el alma se eleva demasia-
o... en esta hora postrera valgo yo mas que he valido
rante toda mi vida. Qué dirán de Cárlos II? que ha
einado mucho tiempo: esto es lo que dirán. Qué dirán
e Jacobo II...? esa es cuenta vuestra, duque de York.
h! Jacobo! yo tengo remordimientos, si...! y los re-
ordimientos de un rey son un suplicio... ah! un supli-
io cruel! No dirán de mí que he sido un tirano; pero
odrán decir que he llenado escasamente los deberes de
n ciudadano... (*Llorando.*) Ah! este es un peso que
engo aqui...!

. (*Conmovido.*) Hermano mio...! mi rey...! no, vos no
stais tan cercano como creeis al término de vuestra
arrera! Vivid, vivid para nosotros.

. (*Sin oirlo.*) Seguid, pues, los consejos que os doy
omo amigo, como hermano, y aun como rey. Estimad

á la nacion en mas de lo que yo la he estimado, y med mas á los grandes que al pueblo. El pueblo es t bulento, es ligero; pero no es ingrato, y los grande los empleados no tienen afecto mas que á las grande y á los empleos. Respetad todas las creencias; la vu tra me espanta, porque veo que os va á perder. No queis al Covenant ni á la Carta-magna; esa es vues corona, no lo olvideis jamas. No os fieis de los que rodean hoy... no os fieis sobre todo del rey de Fr cia: Luis XIV es una culebra de oro que os enlaz como á mí, que os atará con escapularios. Os dará nero como á mí, y el interes de ese dinero le pagar como yo, en humillaciones, en esclavitud y á espen de nuestra gloria nacional. Vaya, persistes aun en tema...? que mas le diria yo á un confesor?

Yor. Sí, Cárlos, te creo: tus palabras me persuaden; p ah! quién me dice que tu misma buena fé no te aluci el error no ha tenido tambien sus mártires?

Rey. Sí: han erigido en Dios á Belial y en santo á Cro wel... Oh! ceguedad, fanatismo, vanidad de los ho bres! Aqui podrian presentársenos veinte sectarios diferentes cismas, y cada uno sostendria que solo error era la verdad, que solo su locura era la sabic ría. Jacobo! quieres que te abra enteramente mi alm Pues bien! Asi que pasaron las ilusiones de mi juve tud, asi que se amortiguaron mis pasiones, traté buscar la conviccion, y vuestros teólogos nada me e señaron... yo no creo mas que en Dios.

Yor. (*Fuera de sí.*) Es deista! es deista...! desgraciac y morirá asi...! No. (*Echándose á los pies del re* Cárlos, amado hermano, yo os lo ruego de rodilla por compasion de vos mismo... por este pueblo alucir do... morid cristiano! confesáos, no me dejeis un ce infernal. (*Permanece anonadado abrazando las rodil del rey. Cárlos esperimenta una violenta contraccion, levanta como por un movimiento convulsivo, y perm nece un instante de pie.*)

Rey. Papista...! que yo muera papista...! y muero env nenado...!

Yor. Cielos!

Rey. (*Cayendo en el sillon.*) Envenenado por ellos... p que quieren que tú reines... y que te asesinarán ta

bien... Ah! mi vista se oscurece... mi corazon deja de latir...!

Yor. Hermano mio...!

Rey. (*Haciendo el último esfuerzo.*) Van á llamarte rey... vas á reinar... Jacobo...! mira esa ventana mas baja que las demas... esa ventana que llega al suelo... por ahí pasó nuestro padre para subir al cadalso... (*deja inclinada la cabeza y queda sin movimiento.*)

Yor. Ah...! (*Despues de una pausa se acerca al rey.*) Cárlos...! no se mueve, Dios mio...! (*Corriendo á la puerta.*) Socorro...! socorro...! entrad!

ESCENA XI.

DICHOS. MISS LUCÍA. HALIFAX. SUNDERLAND. JEFFERIES. BARILLON. EL PADRE PITER. EL DOCTOR SHART. ACOMPAÑAMIENTO. (*Todos salen precipitados por varias puertas, y se agrupan al rededor del rey.*)

Sha. Espiró.

Pit. Ya acabamos!

Hal. (*A miss Lucía con interes.*) Señora, señora, no entreis.

Luc. Dejadme... yo quiero verlo... dejadme llorar sobre su cadáver. (*Arrodíllase junto al rey.*)

Pit. Alejad de aqui esa muger.

ESCENA XII.

DICHOS. MONTMOUTH. GUILLERMO PENN.

Mon. (*Entra furioso.*) Entraré, pése al infierno...! (*Abrese paso á través de varias personas y aun del mismo duque de York.*) Ah...! es muerto...! mi padre es muerto...! no me han dejado recoger su último suspiro...!

Luc. Mi hijo...! Ah! en qué momento...!

Mon. Sí, pobre madre mia...! yo soy...! Ah! ya veis... no puedo llorar... no tengo lágrimas... (*Al duque.*) Estás contento, cruel? Bien te has burlado de mí: bien me has engañado! Te pedia yo acaso un cetro, una corona...? Qué te pedia yo mas que la bendicion de mi padre? (*Arrojándose sobre el cadáver de su padre.*) Ah! padre mio...!

padre mio...! (*Abrense las puertas: el pueblo penetra en los salones.*)

Un heraldo de armas. El rey ha muerto: viva el rey...!

Sun. Señor, sea yo el primero que salude á V. M.

Todos. (*Inclinándose.*) Señor!

Pit. (*Aparte al duque.*) Acordaos de vuestras promesas, de vuestros juramentos.

Yor. Roberto Sunderland, os nombro presidente del consejo. Conde Halifax, os nombro tesorero de la corona. Jorge Jefferies, baron de Wam, te nombro gefe de justicia del banco del rey.

Pen. (*Aparte.*) Pobre Inglaterra!

ESCENA XIII.

DICHOS. MARÍA DE ESTE.

Mar. Mi querido esposo, mi rey, albricias: tendremos un legado del papa en nuestra consagracion. (*Montmouth, que hasta entonces ha permanecido arrodillado á los pies del rey, se levanta de repente indignado.*)

Mon. Albricias...! en estos momentos...! Digna es de vos, señora, esa indecente alegría! Ya se ha olvidado al bienhechor del pueblo... y apenas ha cerrado los ojos... y aun no se ha enfriado su corazon...! Ahí está todavía... ahí está presente... y en su sed de reinar, un hermano insulta al cadáver de su hermano...! Maldicion sobre tí, Jacobo de York, que no has respetado el lecho fúnebre de tu hermano!

Pit. (*A York.*) Es preciso reinar.

Yor. Montmouth..., os doy sesenta horas para salir del continente inglés.

Luc. Desterrado otra vez!

Mon. Empieza el reinado de Jacobo II.

Yor. Y lo declaro aqui á fin de que todos lo tengan por cierto: mi voluntad real es sostener el trono y el altar.

Pit. (*En voz baja.*) Decid, señor, el altar y el trono.

Yor. Sí, padre mio, el altar y el trono.

ACTO SEGUNDO.

23 DE JUNIO DE 1685.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

SUNDERLAND. HALIFAX. MORRAI. (*Grupos de palaciegos van llegando poco á poco hasta llenar el salon.*)

Sun. Y bien, milores, (*Acercándose á un grupo.*) sabeis la gran novedad...? tratan de sublevarnos la cámara de los comunes.
Todos. (*Riendo.*) Ah! ah! ah!
Sun. Dicen que nos harán cargos.
Mor. Los oiremos.
Hal. Y el rey tendrá que escuchar á los diputados de la cámara.
Sun. Dejadlos hablar, lord tesorero; piensan obligarnos á que les pidamos de rodillas que nos concedan los subsidios. Por San Judas! Tendremos que decirles, como el santo rey Cárlos IX de Francia: Misa, muerte ó Bastilla.
Hal. Hablais como un cristiano nuevo, sir Roberto: vuestra reciente conversion os hace intolerable. Yo soy ¡vive Dios! tan amante del rey Jacobo como el que mas; pero no quisiera que tiranizara las conciencias... yo amo la justicia...
Sun. Y tambien al pueblo... Ah! ah! ha entregado la Carta, señores... es amante del pueblo...
Todos. Ah! ah! ah...!
Hal. Y aunque asi fuera, es algun crimen de Estado?
Mor. El rey recibe, señores: han abierto las puertas. (*La multitud se dirige á las galerías laterales.*)

ESCENA II.

GUILLERMO PENN. BARILLON.

Pen. Dejemos pasar esas oleadas de locos y aduladores.
Bar. Y bien, sir Guillermo Penn, estais contento de mí? ya he alcanzado una audiencia de la reina para vuestra protegida.
Pen. Lo agradezco.
Bar. Sin que sea curiosidad, es alguna pension lo que pretende mistriss Walter?
Pen. En cambio de una corona, no sería mucho pedir.
Un ugier. (*Anunciando.*) Su magestad la reina.
Pen. Podré presentar á mistriss Walter?
Bar. Creo que sí.

ESCENA III.

LA REINA. BARILLON. (*El acompañamiento de la reina permanece en las puertas esteriores.*)

Reina. Buenos dias, querido embajador: estoy llena de gozo; el nuncio ha recibido una carta del santo padre; el soberano pontífice está muy satisfecho... nos exhorta á perseverar en nuestro plan; y da á entender que despues de estinguida la heregía, podria suceder que concediese el capelo á nuestro reverendo padre Piter.
Bar. Ese sería un gran triunfo para V. M.
Reina. Ah! sí; pero tengo una pena.
Bar. Cuál?
Reina. A pesar de todos nuestros esfuerzos, el rey mi esposo no podrá nunca llevar el título de rey cristianísimo como Luis de Francia, ni de rey católico como Felipe de España.
Bar. (*Sonriendo.*) No ha de tenerlo todo.
Reina. Yo os hablo con esta franqueza porque sois francés... Los ingleses, aun los que son católicos, tienen un carácter tan grave, tan duro, que me fastidia. Ah! cuántas veces suspiro pensando en la diferencia que hay entre este pais y mi hermosa Italia!
Bar. Ya me hago cargo: otro cielo...

Reina. Oh! no es eso solo: aqui casi tiene una que esconderse para ir á misa... no hay aquellas magníficas iglesias... nos conceden como por favor unas capillitas... ni funciones... ni procesiones... qué infame pueblo! bien hacen en quemar á los hereges! Cuando yo le hablo al rey de esto me dice: "Deja; mas adelante; es preciso ir poco á poco." Jesus! yo, en su lugar, ya habia establecido á estas horas una buena inquisicion.

Bar. (*Aparte.*) Tan jóven y tan fanática!

Reina. Si vierais! en Parma, en Módena, no hay nada mas hermoso, mas sublime que la procesion del *Corpus*: todas las calles alfombradas, todo colgado de guirnaldas... aquello está hecho un jardin. En este pueblo no hay nada: parece que Dios está siempre preso. (*Aparece miss Lucía acompañada de Guillermo Penn.*) Eh! ya está aqui la importuna miss Lucía... y tendré que ponerla buena cara?

Bar. Un poco de compasion con los desgraciados.

Reina. (*Con sequedad.*) Con los desgraciados hereges!

Bar. (*Aparte.*) Ah! Italia! Italia! (*Dirígese á miss Lucía, hácela que se acerque, y se va con Guillermo Penn.*)

ESCENA IV.

LA REINA. MISS LUCÍA. (*Miss Lucía sale de gran luto, y se arrodilla ante la Reina.*)

Luc. Señora, he solicitado en vano una audiencia del rey... no tengo ya esperanza mas que en vos. Ah! por el esposo que amais, por todo lo que os sea mas caro en el mundo, volvedme mi hijo, haced que cese su destierro, y será como si os debiese la vida.

Reina. Mis Walter, yo no me juzgo con bastante poder para ser útil á vuestro hijo: el rey está justamente irritado contra él, y yo debo aprobar su severidad. (*Hácela seña de que se levante.*)

Luc. Y qué, señora, no aprovechará V. M. el ascendiente que sus gracias deben darle sobre el rey mas que para aconsejarle el rigor?

Reina. (*Con despecho.*) El rigor...? muy osada venis á mi presencia. Llamais rigor el celo que manifiesto por la fé verdadera? Sí, perseguiré sin tregua á vuestros malde-

cidos puritanos, que son los enemigos de Dios; y siempre que yo pida que los castiguen, que los prendan, que los quemen, no será rigor, señora, será religion.

Luc. Religion...! Ah! Señora, os compadezco!

Reina. Acabemos, miss Lucía.

Luc. Perdonad, señora; me habia olvidado de mis aflicciones personales: al llorar por mi hijo, no he podido menos de llorar tambien por la suerte de mis infelices hermanos perseguidos; tal vez he faltado al respeto debido á V. M... Ah! ese hijo que os pedia para que consolara mis últimos dias, para que cerrara mis ojos... tambien es herege...! nada tengo que esperar... me retiro.

Reina. Y Montmouth no ha sido ingrato con el rey? no le ofreció el gobierno de Irlanda...

Luc. Con la condicion de abjurar su religion: debió rehusarlo; prefirió el destierro.

Reina. Pues quédese en él: no ha de haber piedad con los enemigos de la fé.

Luc. Ah! Señora, vos no sois madre!

Reina. (*Ligeramente conmovida.*) Es verdad que no: Dios mio! y esa es mi mayor pena, y el triunfo de mis enemigos. Si yo no doy un sucesor al trono, reinará la princesa de Orange con su hugonote Guillermo. (*Exaltándose por grados.*) Pero no será asi: las oraciones de los justos no serán desoidas: hemos mandado decir misas á la Vírgen en Roma, en París y en Madrid: el nuncio va á bendecir nuestra capilla de la Natividad: tendré un príncipe de Gales, que será bautizado como católico, apostólico, romano, segun el tratado que se ha hecho con mi padre el duque de Módena. Oh! el duque de Módena no consentiria que sus nietos fuesen hereges: no, señora, no lo consentiria.

Luc. Ah! yo uniria de buena voluntad mis oraciones á las vuestras...!

Reina. (*Con amargura.*) Os entiendo, miss Lucía; rogariais por nosotros si tuvierais fé, si no fuerais madre de Montmouth... si no fuerais... la favorita del rey Cárlos II...

Luc. La favorita...! Señora, yo he respetado vuestra gerarquía, y vos no respetais mi dolor... Jóven reina, me conoceis muy mal: yo no era la favorita de Cárlos Estuardo, yo era su esposa.

Reina. Gran Dios!

Luc. Su legítima esposa delante de Dios y de los hombres. Siendo pobre y oscura, dí mi mano y mi corazon á un príncipe errante, desgraciado y sin corona. Despues que recobró su trono, pude hacer valer los títulos, los documentos que aun tengo en mi poder... pude ser reina, ¡María de Este...! y nunca una princesa de Módena hubiera llegado á empuñar el cetro de Inglaterra; pero el amor de mi patria pudo mas en mi alma que la ambicion y el amor; y á pesar de tener un hijo á quien amaba, que era mi esperanza y mi orgullo... Catalina de Portugal fue soberana, y esta muger oscura calló sus derechos y guardó su oscuridad, sí; para que su esposo contrajera una alianza necesaria al bien de sus pueblos, lo sacrificó todo, y consintió en vivir deshonrada. ¡María de Este! cuál de nosotras dos es mejor cristiana? cuál tiene mas virtud...?

Reina. Señora... dejadme... me aterrais...! (*Viendo llegar al padre Piter corre hácia él: miss Lucía los mira con compasion y se va.*)

ESCENA V.

LA REINA. EL PADRE PITER.

Reina. Ay! padre, venid, salvadme... esa muger me asusta.

Pit. Que la detengan!

Reina. No...! venid: llevadme al cuarto del rey.

Pit. Pero qué es esto, señora? V. M. se halla en un estado de turbacion...! esa miss Lucía se habrá atrevido...?

Reina. Era esposa, padre mio! era esposa de Cárlos II... es una infamia! venid, yo quiero ver al rey...

Pit. Esposa...!

Reina. Tiene documentos...

Pit. Vírgen Santa!

Un ugier. (*Saliendo.*) Varios diputados de las cámaras piden permiso para entrar.

Pit. Que aguarden. (*A la reina.*) Tranquilizaos, señora, disimulad la alteracion de vuestro rostro: creo inútil hablar al rey de la entrevista que habeis tenido con esa muger; mas vale esperar, y que antes de todo consultemos á nuestro venerable prelado.

Reina. Sí, padre mio, seguiré siempre vuestros consejos. (*Reúnese á su comitiva y entra en su habitacion. El padre Piter se dirige al cuarto del rey: aparecen los diputados.*)

ESCENA VI.

EL PADRE PITER. HAMPDEN. RUSSEL, *y varios diputados de la cámara de los comunes.*

Rus. Padre Piter, la conducta que se observa con nosotros es muy estraña; se trata por ventura de impedirnos que veamos al rey?

Pit. (*Con ironía.*) No en verdad, señores diputados de la cámara de los comunes, no es esa nuestra intencion. (*Pasando con altanería por delante de ellos.*) Voy yo en persona á anunciaros á S. M. (*Entrase en el cuarto del rey.*)

Ham. Esto es lo que debiamos esperar, señores, en una corte papista, un introductor de sotana.

ESCENA VII.

DICHOS. SUNDERLAND. MORRAI.

Mor. El rey está loco de contento: sabeis vos el motivo?

Sun. Soy presidente del consejo de conciencia, y quereis que lo ignore?

Mor. (*Riendo.*) Por el consejo de conciencia habeis abjurado.

Sun. (*Frotándose las manos.*) Barillon ha recibido de París una noticia divina: el edicto de Nantes ha sido revocado.

Mor. Los protestantes espulsados de Francia! bravo! Decididamente ese Luis XIV es un gran rey.

Sun. (*Riendo.*) Y sus dragones el mejor regimiento de misioneros para convertir hereges. (*Viendo á los diputados.*) Oh! no sabia que estabais ahí, nobles representantes del pueblo: bien venidos, señores diputados: qué antífona nos venis á cantar...?

Rus. (*Con sequedad.*) Si tuvieramos que cantar alguna antífona, milord, sería para rogar á Dios que mantuviese

al rey en su santa gracia, que le abriese los ojos, y le preservase de escuchar consejeros como vos.

Mor. Sir Eduardo Russel, vos olvidais el sitio en que nos hallamos y la persona á quien hablais.

Sun. (*A Russel.*) Me hará su reverencia el gusto de decirme dónde compra esos zapatos? (*Riendo.*) Ah! ah! por San Judas, que son zapatos sólidos y de forma muy elegante... tendrán boga en la corte, no es verdad, Morrai? (*Russel le vuelve la espalda. Hampden se acerca á Sunderland.*)

Ham. Rogad á los santos del cielo, lord Sunderland, que os reserven unos zapatos iguales por si algun dia teneis que huir de esta corte donde no los llevais mas que de seda...!

Sun. Amenazas á mí...! insolente populacho...! (*Levanta el guante sobre la cara de Hampden, el cual pone mano á la espada.*)

Ham. No toqueis á un diputado del pueblo, Sir Roberto, si no quereis que os deje muerto á mis pies.

El ugier de la vara negra. (*Anunciando.*) Su magestad el rey.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL REY. LA REINA. EL PADRE PITER. BARILLON. HALIFAX. LORES DEL CONSEJO. ACOMPAÑAMIENTO.

Rey. (*Con varias cartas, que entrega á Barillon.*) No os podeis figurar el gozo que me ha causado esta noticia, mi querido Barillon! Contestadle á vuestro augusto amo, poniéndome á sus gloriosas plantas; decidle que me declaro su humilde vasallo. La revocacion del edicto de Nantes es el triunfo de la verdadera fé; es un golpe mortal para esos puritanos de Escocia. (*Russel y Hampden se acercan al rey y doblan la rodilla: este los aparta con sequedad.*) Un momento, señores. (*Al padre Piter.*) Padre mio, encargad que despues del santo Evangelio se haga oracion por el rey cristianísimo de Francia, y tambien por nuestro santo padre Inocencio XI, digno sucesor de San Pedro.

Reina. Esposo mio, y os olvidais de mi amado padre el duque de Módena?

Rey. No, querida mia. (*A Piter.*) Por el duque de Módena, y tambien por el rey de España.

Hal. Qué resuelve V. M. acerca de los obispos no conformistas y del protestante Shart?

Rey. Encerradlos en la torre de Londres... vos los conducireis.

Hal. Señor, dispensadme de una comision tan desagradable...

Rey. Vos que habeis combatido con tanto valor, conde Halifax, estais ahora tan tímido? Será, pues, mi fiel Sunderland quien se encargue de esos obispos.

Sun. Obedezco, señor. (*Vase.*)

Mor. El enviado de Holanda hace saber á V. M. que el príncipe de Orange, cumpliendo vuestros deseos, ha espulsado de sus dominios al duque de Montmouth.

Reina.(*Va á hablar al rey con viveza.*) Ah...!

Pit. (*Se interpone, haciéndola seña de que calle.*) Tambien hemos sabido que el lord juez Jefferies llena completamente su mision en las provincias del Oeste. Treinta hereges facciosos han sido ajusticiados en Dorcester, y otros tantos en Crester, en Taunton y en Wells.

Rey. (*Friamente.*) Bien: que acabe su campaña: el título de Canciller le espera. (*Sin volverse.*) Acercaos, señores diputados.

Rus. (*Seguido de los demas, arrodillándose todos.*) Señor, venimos únicamente con el objeto de presentar á V. M. una moderada peticion.

Rey. (*Con ironía.*) Veamos, señores, esa moderada peticion. (*Háceles señal de levantarse.*)

Rus. (*En pie.*) Nuestros deseos, señor, se reducen á que el rey, de acuerdo con las cámaras, ponga remedio á los males del Estado, y no se deje guiar en adelante por la influencia de un solo hombre, ó por las instigaciones de pérfidos consejeros.

Rey. (*A Piter sonriendo.*) Eso va con vos, reverendo padre.

Ham. (*Con un papel en la mano.*) Presentamos humildemente á V. M. esta peticion no solamente con el objeto de asegurar nuestras libertades civiles y religiosas, sino tambien con el de conservar intacto el poder soberano de que V. M. se halla revestido para proteccion, seguridad y dicha de sus súbditos.

Rey. Eso, espero en Dios que asi sea. (*Mirando el papel.*) Y qué dice la peticion?

Ham. En el primer artículo hacemos presente á V. M. que en contravencion á nuestra Carta, y á pesar del juramento hecho por el mismo rey á su advenimiento al trono, la persecucion que se practica contra los llamados hereges ó no conformistas deja entrever el proyecto de cambiar nuestra santa religion.

Rey. (*Con sequedad*) Con que segun veo, no es mas que lo venidero lo que os inquieta...? por mi vida que es idea original!

Ham. (*Con firmeza.*) Es lo presente, señor: los cadalsos estan levantados y las hogueras ardiendo.

Rey. Lo estan para los criminales, para los sediciosos, para los conspiradores. . hay un juez que los absuelve, ó los condena... todo se hace legalmente.

Ham. Y ese juez es Jefferies.. !

Rey. En fin, señores, son todas esas vuestras quejas?

Ham. En el segundo artículo nos quejamos á V. M. de que las últimas elecciones no se han hecho con libertad, y de que un gran número de lores no han sido convocados al parlamento...

Rey. (*Interrumpiéndole.*) Eso es falso.

Ham. Señor...

Rey. Es una mentira.

Ham. (*Con dignidad.*) Qué responderemos al parlamento que nos envia, señor?

Rey. Nada, señores, nada... Nunca hubiera creido que el parlamento me enviara semejante mensage. Vuestra peticion me prueba que las palabras no significan nada. No, vive Dios! me pedis lo que nunca se ha pedido á un rey. No os detengo mas, señores: os recomiendo solamente mis subsidios: no tengo mas que deciros.

(*La diputacion dobla la rodilla y se va. El rey agitado se pasea á largos pasos.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *escepto Russel, Hampden, y los demas diputados.*

Pit. Señor, y no castigareis á esos insolentes?

Rey. (*Paseándose.*) No he de poder nunca vivir en paz con esos malditos diputados del pueblo...!

Reina. Mientras os manifesteis blando, creerán que les teneis miedo... vuestra escesiva bondad es la que los hace altaneros. El duque de Módena, mi padre, ya los hubiera pulverizado.

Reina. Marieta mia, si hubiera de escucharte, tendria que estar ahorcando gente cada minuto del dia.

Pit. (*Con severidad.*) Hay casos de conciencia, señor, en que la firmeza y aun el rigor son el deber de un cristiano.

Rey. (*Deteniéndose delante de él con los brazos cruzados.*) Teneis razon! Ah! me acuerdo de aquellas palabras que el arzobispo Laud le decia á mi padre: La cámara acabará con el trono, si el trono no acaba con la cámara.

Mor. Teneis buenas espadas, señor: qué temeis de esos hombres de pluma?

Reina. Temedlo todo de esos presbiterianos, esposo mio. Mi padre por ser tan celoso campeon de la iglesia se ha visto amenazado por el puñal de los calvinistas refugiados en Toscana.

Bar. Si me fuera permitido manifestar mi opinion, solo dos palabras os diria, señor. El rey, mi amo, destruyó la Fronda, y afirmó el poder real presentándose al parlamento con un látigo en la mano.

Mor. Eso es lo que se llama ser rey.

Pit. (*Con energía.*) Y lo demas es no saber reinar.

Rey. Juro por Dios y por mi corona que no han de decir de mí que soy un rey de paja. Fuera ese parlamento... que prendan á los dos diputados, por el insulto hecho á mi persona, y que los encierren en la torre.

Reina. Oh! esposo mio! dejad que os abrace!

Hal. Señor, despues de un acto de rigor semejante, acepte V. M. mi dimision del cargo de tesorero.

Rey. (*Sorprendido.*) Vuestra dimision...! la acepto; y tambien vuestra espada, milord.

Hal. (*Entregando su espada á un oficial.*) Ahí está: es la misma que llevaba mi padre en Marton-Moore cuando murió peleando por el vuestro. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, *menos Halifax. Luego* SUNDERLAND.

Bar. Ah! señor, perdeis un buen servidor.
Pit. (*Con enojo.*) Un buen mentecato, y nada mas.
Sun. Las órdenes de V. M. estan ejecutadas: los reverendos obispos y algunos predicadores puritanos estan ya en la torre bajo buenos cerrojos.
Rey. Y no ha habido alteracion ninguna en el pueblo?
Sun. Cuatro chilladores... algunas pobres mugeres... un cervecero de Billing-Street, llamado Jerwis, un fanático que se puso á gritar: "Carta y Libertad..." Todos han llevado buenos palos.
Rey. Bien... Hola! qué ruido es ese?
Voces. (*Fuera, y á las puertas.*) Jefferies...! Jefferies...!
Rey. Cómo! Jefferies de vuelta!
(*Jefferies aparece en trage de camino: todos se sorprenden; algunos retroceden asustados al verlo.*)

ESCENA XI.

DICHOS. JEFFERIES.

Jef. (*Inclinándose ante el rey.*) Señor, mi augusto amo, ya conocereis que solo un acontecimiento de la mas alta importancia podria obligarme á dejar la mision que tengo en el Oeste; ningun correo hubiera llegado á anunciároslo mas pronto que yo... Señor, vuestra corona está amenazada: el duque de Montmouth ha desembarcado en Lime...
Rey. Montmouth...! repítemelo, Jorge... Montmouth...!!
Jef. Se embarcó en Amsterdan con menos de doscientos emigrados, y á estas horas tiene mas de ocho mil hombres: ya es dueño de todo el condado de Dorset, y marcha sobre Bridport.
Rey. Montmouth...! Ah! cargue el infierno con ese herege, con el príncipe de Orange, con mi hija María, y con todos los hugonotes...!
Reina. Montmouth en Inglaterra...! somos perdidos!
Rey. Ah! este es un tiro que me hace mi yerno Guillermo

de Orange... Él me ha soltado con toda intencion ese lobo de Montmouth.

Pit. Señor, es preciso escomulgarlo.

Rey. Como gusteis, padre mio... Pero ¡vive Dios...! yo necesito para combatirlo algo mas que escomuniones... Ya es dueño de un condado...! Cañones de artillería es lo primero... En cuanto á su alma, os la entrego á vos, padre... y á Satanás que cargue con ella.. Pero yo quiero su cabeza... viven los cielos..! su cabeza..! (*Arrojase en un sillon.*) Dime, por Dios, Jefferies.. pero es positivo...? no será un cuento inventado por los puritanos?

Jef. Yo mismo he visto su vanguardia, señor; la mandaban lord Grey y Fletcher...

Rey. No cabe duda...! y qué haremos...? quisiera obrar como un rayo. (*Levantándose.*) Aun no he disuelto el parlamento... qué felicidad! necesito dinero... Cuento tambien con vuestros consejos, mi querido Barillon, y con el apoyo de vuestro soberano. Que se reunan las cámaras inmediatamente. (*Vanse algunos oficiales de palacio.*)

Pit. Señor, si le parece á V. M. se podrian decretar unas rogativas y tres dias de ayuno.

Rey. A lo mas urgente, padre, á lo mas urgente: armas, brazos, dinero. (*A Morrai.*) Sentaos ahí, conde Morrai... Escribid: "Se doblará inmediatamente la guarnicion de Londres. El duque de Albermale tomará el mando de las milicias. Las tropas regulares marcharán á las órdenes de nuestro muy amado lord Churchill. El lord conde Feversham queda nombrado general en gefe de la espedicion contra los rebeldes." (*Repasa rápidamente lo que acaba de dictar, firma, y entrega el papel á los oficiales de palacio.-Dirigiéndose á Jefferies.*) Jorge mio, necesito ahora de todo tu celo y actividad. Espárceme por la costa y por las provincias el mayor número de buenos espías que puedas reunir... Necesito recibir noticias á cada minuto del dia... (*Volviendo hácia Morrai, y dictando.*) "Jacobo Scott, antes duque de Montmouth, queda, por el presente edicto, degradado de toda nobleza, y declarado traidor á la patria, y reo de lesa magestad. Declaramos igualmente á Jacobo Scott fuera de la ley de estos reinos: sus proclamas ó manifiestos

serán quemados por mano del verdugo. Mandamos asimismo á todos nuestros fieles súbditos que lo persigan sin tregua: se entregará la suma de cinco mil libras esterlinas al que lo entregue muerto ó vivo. = Dado en nuestro palacio de White-Hall á 23 de junio de 1685." = (*Firma.*) - (*Durante esta escena, la reina habla con Piter, el cual parece persuadirla á que calle.* - *Oyese sonar á lo lejos una campana.*)

Rey. (*Soltando la pluma.*) Qué es eso...? á rebato...!!

Pit. No señor... es la oracion.

Rey. Ah...! (*Aparte.*) Todo me espanta ya! - Señores, el consejo privado se reunirá esta noche en el gran salon. (*Tomando la mano de la reina.*) Vamos á rezar la oracion, padre mio.



ACTO TERCERO.

17 DE JULIO DE 1685.

Habitacion alfombrada y modestamente amueblada en casa de miss Lucía.

ESCENA PRIMERA.

MISS LUCÍA. ANA. (*Miss Lucía está sentada en un sillon junto á una mesa, con aspecto doliente. Ana la asiste.*)

Ana. Estais mas aliviada, señora?

Luc. Sí, sí; descansa, pobre Ana. (*Despues de una pausa.*) Ya ha amanecido otro dia de temor, de esperanza, de fiebre... de agonía...! no llegan noticias...! Ay! Ana, lo han derrotado: si él hubiera obtenido el menor triunfo, la voz pública nos lo hubiera ya dicho.

Ana. Al contrario, mi querida señora; las malas noticias cunden al momento: este silencio debe darnos esperanzas.

Luc. Esperanzas...! sí, en la muerte... y no llega para mí! Ah! yo he nacido solo para sufrir... he presenciado ya dos revoluciones, y he visto caer á mi padre, á mi esposo, y á mi hijo, víctimas de estas sangrientas luchas.

Ana. Sir Guillermo viene.

Luc. Ah! cuánto me alegro...! su presencia no calma mi dolor, pero me anima á soportarlo.



ESCENA II.

DICHAS. GUILLERMO PENN. (*Sale, introducido por un criado: miss Lucía quiere levantarse, pero él la hace seña de que se esté sentada, y se acerca á ella sin hablar; tómale la mano, y se la estrecha cordialmente.*)

Luc. Sabeis algo?

Pen. Nada.

Luc. (*Con desesperacion.*) Argil ha perecido desastradamente... la misma suerte le espera á Montmouth!

Pen. No hay que desesperarse.

Luc. A no ser por vos, ya me hubiera muerto, Guillermo. Pero no volvais mas; mi casa está rodeada de espías... os esponeis viniendo á verme... el que consuele á la madre de Montmouth, debe hacerse sospechoso.

Pen. No, miladi. Por suspicaz que sea un déspota, nunca podrá parecerle sospechoso un hombre que le prodiga gratuitamente sus tesoros, que no quiere títulos ni poder, que vive pobre en el seno de las riquezas, y que no hace otro daño sino llorar con los desgraciados.

Luc. Ah! Guillermo Penn, vos sois el único hombre puro que le ha quedado á la Inglaterra.

Pen. No, miladi; la Inglaterra, creedme, tiene todavía hombres puros, y de una virtud á toda prueba...

Luc. (*Con viveza.*) Pero dónde estan?

Pen. (*Con gravedad.*) En las cárceles de Londres.

Luc. (*Con dolor.*) Sí, sí, cárceles, cadalsos... esto debimos esperar cuando el duque de York subió al trono.

Pen. (*Con dolor.*) Qué calamidad es un mal rey! Pobre, pobre Inglaterra! yo te he visto tan bella, tan poderosa; desarmando á la Alemania, imponiendo á la Holanda, dictando leyes al orgulloso Luis XIV... y ahora, cómo te veo...!! ah...! desdichada Lucía, tú lloras un hijo... pero yo lloro una patria.

Luc. Abandonadla, pues; alejaos de esta funesta patria: volved á aquella que vos mismo os habeis creado, donde tantos amigos os esperan, donde tantos corazones os reclaman.

Pen. No, todavía no. Cuanto mas afligida está una madre, mas escita nuestro cariño: allá no ven mis ojos mas

que semblantes llenos de contento: aqui... tengo tantas lágrimas que enjugar...!

Un escudero del rey. (*Saliendo.*) Señora, S. M., la reina de Inglaterra, pregunta si vuestra gracia puede recibirla.

Luc. (*Asombrada.*) La reina...!

Pen. La reina aqui...!

Luc. La reina en mi casa...! á estas horas...! que significa...? ah! será Montmouth vencedor...? querrán una tregua...? pedirán la paz...? (*Al dirigirse rápidamente á la puerta, ve parecer á la reina, y se detiene; poco despues sale Piter, que seguia á la reina.*)

Pen. (*Queriendo irse.*) Miladi, yo me retiro. (*Viendo á Piter.*) Piter tambien...! me quedo.

ESCENA III.

DICHOS. LA REINA. EL PADRE PITER.

Pit. (*Aparte.*) Siempre aqui este cuákero...

Luc. (*Adelantándose á la reina.*) Vuestra magestad me perdonará la turbacion en que me halla...

Reina. (*Dominándose.*) Buenas tardes, mi querida ladi Walter... he sabido que estabais indispuesta... y vengo á veros.

Pen. (*Aparte.*) Este es algun lazo.

Luc. Señora, tanta bondad me confunde.

Reina. Vengo por supuesto sin que lo sepa el rey... ya os lo podeis figurar. (*Viendo á Guillermo Penn, le hace seña de que se vaya; este, fingiendo no verla ó no entenderla, se queda clavado. La reina vuelve á hacerle otra seña mas imperiosa. Penn no se mueve.*) Qué es eso! no entendeis que os mando salir de aqui?

Pen. Su magestad tiene que hablar á solas con Miladi...? en ese caso estoy pronto...

Reina. Y que os importa? Salid. (*Miss Lucía hace seña á Penn de que ceda.*)

Pen. Que salga primero tu confesor... y yo le seguiré. (*Invita á Piter á que salga delante.*)

Reina. Qué es eso...? no, quedaos, padre, yo lo mando; y vos, pronto, dejadnos, obedeced.

Luc. (*Con pena.*) Sir Guillermo, puesto que S. M. lo desea...

Reina. (*Con cólera.*) Es mucho atrevimiento...! que entren mis criados y echen de aqui ese grosero...

Pen. (*Sin alterarse nada.*) Señora reina, la vejez y las virtudes constituyen tambien una magestad que tú debias saber respetar. Alfredo el grande, rey tambien de la antigua Inglaterra, decia á sus criados: "No entraré en la cabaña de un pastor sin quitarme el sombrero, y pedirle permiso." Ahora bien, yo estoy aquí en mi casa: esta casa es mia; he ofrecido en ella un asilo á mi bienhechora, porque nadie se atrevia á dar un lecho á la viuda de Cárlos II. Sin embargo me retiro... pero ese fraile papista ha de salir delante.

Reina. (*Conteniéndose.*) Y á qué viene todo eso? por qué esa desconfianza, sir Guillermo Penn?

Pen. No quiera Dios que yo abrigue la menor desconfianza hácia mi soberana! pero ladi Walter es para mí una hermana... una madre... en fin, S. M. quiere hablar á solas con ladi Walter?

Reina. Sí. (*Aparte á Piter.*) Andad, padre mio...

Pen. (*Aparte á mis Lucía.*) No me alejaré mucho: pronto volveré. (*Vuelve á invitar á Piter á que salga: éste lo hace con semblante de despecho: Penn lo sigue.*)

ESCENA IV.

LA REINA. MISS LUCÍA.

Reina. Ese rudo americano me ha incomodado... qué significa semejante capricho?

Luc. Disculpadle, señora... el estremado afecto que me profesa... ademas los de su secta tienen ese carácter áspero en la apariencia...! El objeto de una visita que tanto me honra... no será... lo supongo... saber de mi salud...

Reina. (*Pensando lo que ha de decir.*) No, miladi, es verdad.

Luc. Venis á hablarme acerca de mi hijo...? Ah! decid! decid!

Reina. Escuchadme, querida ladi Walter... la descabellada invasion del duque vuestro hijo no ha podido alarmar seriamente á la corte: treinta mil hombres bien armados le cercan ya delante de Bridgewater: si se atreve á aventurar una batalla es perdido.

Luc. Me haceis temblar...!

Reina. No sabeis cuánto nos aflige ver el azote de la guerra civil destrozando otra vez este desventurado pais!

Luc. Ah! yo daria toda mi sangre...!

Reina. Pues bien, consultando el interes de la nacion y el vuestro propio, hemos convenido el legado de su santidad, el reverendo padre Piter, mi confesor, y yo, en adoptar un medio facil y pronto para que todo acabe...

Luc. Es posible...! Ah! señora, yo os bendigo...! perdonad, perdonad este gozo... esta conmocion... yo lloro... pero os escucho.

Reina. No habeis visto vos con igual dolor que yo esa fatal invasion, esa guerra cruel...? Vuestro hijo ha sido alucinado por un sueño de ambicion, y por consejos pérfidos: aquella imaginacion ardiente, que habia llegado á templarse con el largo destierro, se habrá vuelto a exaltar cuando haya sabido las circunstancias exactas de su nacimiento.

Luc. (*Con frialdad.*) Señora, él las ignora todavía...

Reina. Oh Dios...! que las ignore siempre... que no se crea mas que hijo de miss Lucía...! Entregadme el acta de matrimonio que os unia á su padre... y desde hoy concluye toda animosidad entre la casa de York y la de Montmouth, ese hijo que tanto amais volverá á vuestros brazos; su destierro, la sentencia que le condena, todo queda anulado... volverá á la gracia del rey... y á vos deberá beneficios tan grandes, cual nunca podia ya esperar.

Luc. (*Fria al principio, y animándose por grados.*) Señora, si esas palabras salen del fondo de vuestro corazon, si las dicta el puro deseo de ver terminada una guerra cruel, las agradezco con toda mi alma: la clemencia es la mas hermosa de todas las virtudes. Pero si alguna intencion pérfida os ha conducido aqui, si ha sido vuestro designio arrancarme ese título que me pedis únicamente para descanso vuestro, para gozar sin sobresalto de una corona usurpada... os compadezco...! Me he jurado solemnemente á mí misma no hacer uso en provecho mio de ese documento que poseo mientras la reina Catalina exista; este es mi deber: he podido consentir en vivir despreciada, en pasar por dama desdeñada de un príncipe; pero deshonrar á mi hijo...! despo-

jarle del nombre de su padre...! acaso de un trono...! Jamas: no lo espereis. Lucía Walter es para todo el mundo una pobre muger, olvidada, muerta, prostituida... Para ella sola, ladi Walter es reina legítima de la gran Bretaña, y su corazon le manda sostener su dignidad y cumplir sus deberes.

Reina. (*Llorando de humillacion y de despecho.*) Esto es lo que yo temia... lo que yo esperaba... bien se lo dije yo... me obligaron á venir... qué rabia...!! y ese Piter que me ha dejado..! Ah! dónde estoy...? Dios mio! Dios mio...! humillada, avergonzada delante de una muger que aborrezco..,!!

Luc. (*Con persuasion.*) Si es por lo que acaba de pasar, tranquilícese V. M.; el mas profundo silencio...

Reina. Vos lo callareis por lástima... por compasion, no es verdad? Yo no quiero vuestra compasion... yo os aborrezco...! Y no espereis que interceda con el rey: no, no hay perdon para un herege, para un rebelde que hemos de coger con las armas en la mano. Ah! rogad á Dios que no descargue tambien sobre vos su justo enojo. (*Vase sin mirarla.*)

Luc. Rogaré á Dios que os conserve y os ilumine!

ESCENA V.

MISS LUCÍA.

Qué debo pensar de tan estraña visita? La reina en mi casa, sola, casi de noche... Si la causa de Montmouth fuera perdida, no hubiera ella dado este paso... Oh! no...! una muger tan fanática, tan orgullosa, venir por pura clemencia... No, no: esto es que le temen todavía, que temen á su partido... que me temen á mí! Con que aun puedo esperar...? aun puedo vivir...? Oh! ilusion de una madre, no te desvanezcas!

ESCENA VI.

MISS LUCÍA. ANA. (*Ana entra misteriosamente con una luz.*)

Ana. Miladi, un jóven, bastante mal vestido, dice que quiere veros inmediatamente.

Luc. A mí... quién puede ser ese jóven?

Ana. Al principio me pareció mendigo; pero luego descubrí bajo su capa algunos arreos militares...

Luc. Ah! infeliz...! es Montmouth...! vuela... donde está...? él es...! mi corazon me lo dice... él es... (*Lánzase hácia la puerta lateral: aparece Montmouth, pálido, desfigurado; su trage es de un montañes del pais de Gales, y arrójase en los brazos de su madre.*)

ESCENA VII.

MISS LUCÍA. MONTMOUTH.

Mon. Madre mia...!

Luc. Hijo mio...!

Mon. (*Volviendo á abrazarla.*) Me reconoceis en este estado...! Ah! solo el corazon de una madre...!

Luc. Vencido! desgraciado...!

Mon. (*Con energía.*) Señora...! no he podido morir.

Luc. Ese era mi único temor... (*Con un estremecimiento.*) Ay...! ahora casi lo siento!

Mon. (*Con languidez.*) Grey me ha faltado... acaso me ha vendido! Pero he visto prodigios! milagros! ah! qué soldados! qué héroes he perdido! No... no hay ejemplo de un valor igual! Me mataron dos caballos... me vi envuelto, redeado de espadas, de lanzas... con cincuenta valientes que me quedaban combatí siete horas contra todos ellos... y no hubo una bala, no hubo una bala para mí! Huir! huir como un cobarde...! perseguido, rastreado como una fiera... caminando solo de noche por bosques, por pantanos...

Luc. (*Muy conmovida.*) Hijo mio!

Mon. Todo lo he arrostrado... queria ver á mi madre, queria abrazarla... Ya lo he conseguido... (*Con la sonrisa del dolor.*) Aqui me teneis. (*La abraza.*)

Luc. Y cómo has podido entrar en Londres...? burlar la vigilancia de tantos espías...?

Mon. Este trage, la niebla, la oscuridad de la noche, y la facilidad que tengo para imitar el dialecto del Hampshire, ha sido bastante para engañar á los mas escrupulosos constables.

Luc. Descansa algunas horas, Jacobo mio, y esta misma

noche partiremos: aqui no hay que esperar ni sueño ni seguridad: cada minuto que pasa me hace estremecer de terror. No volverás á separarte de mi lado, yo te seguiré á todas partes, tu madre te consolará de tu desgracia, partiéndola contigo. Ah! no me arguyas con mi sexo ni con mi edad: una madre, Jacobo, una madre en todos tiempos, á todas horas tiene bastante fuerza para soportar las fatigas de su hijo, bastante valor para arrostrar sus peligros ó su miseria! Nos iremos lejos, muy lejos... al fondo de la Islandia. Allí, al menos, no temblaré por tu vida. (*Muy conmovida.*) Me lo prometes, Jacobo mio? partiremos juntos esta misma noche?

Mon. Oh! la mejor de las madres...! qué he de responder á tanta ternura...? adoraros, idolatraros, obedeceros... solo la tumba nos separará.

ESCENA VIII.

DICHOS. GUILLERMO PENN.

Luc. Ah! venid, amigo mio... veis á mi hijo...? ya tengo aqui todo lo que amo.

Pen. Ana me lo habia dicho.

Mon. (*Abrazándole.*) Vos me habeis conservado á mi madre: ah! cuánto os debo!

Luc. Vamos á partir, sir Guillermo, vamos á partir esta misma noche: él me lo ha prometido. Aqui no tiene mas que peligros y muerte... es preciso huir sin tardanza.

Pen. Para caer mañana sin defensa en las garras de Jefferies...? Menos desesperacion y mas prudencia. Es imposible que te supongan en Londres: la noticia de tu derrota apenas la creen todavía en palacio. Aprovechemos estos momentos para salvarte, hijo mio; yo solo me encargo de todo. Huiremos los tres juntos, pero no á Escocia, no á Francia, donde se vende la vida de un proscrito, sino á un lugar mas seguro, donde no hay torturas, donde no hay verdugo, donde no hay trono; á un pais vírgen y libre, donde os ofrezco un asilo y una patria.

Mon. (*Abatido.*) Otro destierro... siempre un destierro..! esto es horroroso! Patria mia, Inglaterra, querida In-

glaterra! no me será permitido vivir ó morir en tu seno porque soy de la raza infeliz de los Estuardos! He nacido príncipe, y no tengo patria: mi patria es maldita para mí. Ah! no eres tú á quien acuso; tú me amas, tú me acojes en tus brazos: tus tiranos son los que me rechazan. Ah! que no fuera yo un artesano, un pobre pescador...! Aquí, bogando sobre el Támesis, sin nobleza, sin pan, sin corona, este pueblo pasa su vida feliz...! y nos envidia una pluma, un manto...! y en su ignorancia esclama: Dichoso como un rey!

Pen. Noble Montmouth! ah! no creas que condeno esos sentimientos: al contrario, son los mismos que abriga mi corazon. La patria, la madre patria es tambien la imagen que cubre de duelo mi alma; y renunciando á ella, he hecho á Dios un inmenso sacrificio. Diez mil de mis desgraciados hermanos, proscritos como tú, quisieron llevar á los desiertos de América sus cuerpos mutilados y sus altares destruidos: yo, para servirles de apoyo y de guia, me desterré con ellos: por ellos renuncié á la tierra que me habia visto nacer: Dios guió mis pasos á aquella nueva region, bendijo mis esfuerzos, ensanchó mi entendimiento, y semejante á Moisés, al otro lado de los mares de un rebaño de esclavos he hecho un pueblo de reyes.

Mon. (*Entusiasmado.*) Partamos, Guillermo, partamos; tú me iluminas, tú me elevas hasta tí...! yo abrazo tu creencia, yo adopto tu secta. Cuán santa! cuán pura debe ser la religion que forma tales hombres...! que hace consistir la riqueza en la industria, la fuerza en la ley, la ambicion en la igualdad!

Pen. Tengo dos navíos en rada: esta noche nos embarcamos; mañana nos damos á la vela: Dios hará lo demas.

Luc. Dios de los cielos! y yo te acusaba de inclemente...! perdona el dolor de una madre.

ESCENA IX.

DICHOS. ANA, *asustada.*

Ana. Señora... milord... salvadle...! escondedle...! ellos son.

Mon. Estoy ya descubierto.

Luc. Hijo mio!

Ana. Muchos hombres armados rodean la casa: al frente de ellos me ha parecido ver... sí, sí, él era, era Jefferies!

Luc. Jefferies!

Mon. (*Con rabia.*) Jefferies!

Luc. Pronto! pronto! aqui, en mi oratorio...

Mon. Huir delante de un Jefferies...! No! traspasarle el corazon y morir... (*Saca la espada y corre hácia la puerta: miss Lucía le cierra el paso. Guillermo Penn se lo lleva hácia una puerta lateral.*)

Pen. Temeridad inútil.

Luc. Ya los oigo.

Jef. (*Dentro, en tanto que miss Lucía y Ana sostienen la puerta.*) En nombre del rey, abrid!

Luc. (*Agarrándose á la puerta.*) No! no! (*Cae en los brazos de Ana: ábrese la puerta.*)

ESCENA X.

DICHOS. EL REY. JEFFERIES, GUARDIAS. (*El rey no sale hasta poco despues.*)

Luc. (*Desesperada.*) Verdugo, mi hijo no está aqui: si necesitas sangre, mátame á mí.

Jef. (*Con frialdad.*) Yo no necesito la sangre de una muger.

Pen. (*Con nobleza.*) Hombre audaz, con qué derecho, con qué orden vienes tú, contra toda ley, á violar el domicilio de un ciudadano?

Jef. Obro en nombre del rey.

Luc. Mientes... el rey no puede obrar contra las leyes.

Pen. Es una violencia... dónde estan los poderes? traes un mandato firmado por el lord canciller?

Jef. (*Con ironía.*) Y mucho que lo traigo: como que soy yo mismo el lord canciller.

Pen. Tú! tú! ocupando el venerable asiento de un Bacon, de un Morus...! ah! tú blasfemas, impío: no, el rey Jacobo no puede haber envilecido hasta ese punto la dignidad soberana...

Rey. (*Entrando por la puerta del foro.*) Os engañais, sir Guillermo Penn; el rey mismo ha elevado á tan alta gerarquía á un leal servidor.

Luc. (*Sobresaltada.*) El rey!

Pen. (*Profundamente conmovido.*) Ah! no me cabe ya duda: la Inglaterra no tiene rey.

Rey. Sir Guillermo, salid.

Pen. Estuardo! una vez que tú olvidas que yo estoy aqui en la casa que habitaba mi padre, yo te declaro que no saldré de ella: protegido por mi título de inglés, y por las leyes de Inglaterra, permaneceré al lado de ladi Walter, no para defenderla contra tus violencias... Dios no me ha armado de la espada, sino para abogar por su causa y participar de su suerte, cualquiera que sea.

Rey. Pues la seguirás á la fortaleza de Hurts-Castle, donde es mi soberana voluntad que sea conducida inmediatamente.

Luc. A una fortaleza! cielos...! qué he hecho yo...?

Rey. Nada ciertamente, si puede llamarse nada haber engendrado un espíritu infernal. Alli os guardaré, señora, como una preciosa represalia; y puesto que ese rebelde peregrino se sustrae á todas nuestras pesquisas, la madre me responderá del hijo, custodiada bajo buenos cerrojos. Por Dios santo que no habeis de ver la luz del dia mientras Montmouth no venga á mi poder.

ESCENA XI.

DICHOS. MONTMOUTH.

Mon. Aqui lo tienes; y que sea la única víctima.

Jef. Aqui estaba!

Luc. Infeliz!

Rey. Montmouth! Montmouth aqui! ah! tantas fortunas en un dia!

Pen. Se ha perdido!

Mon. Soy vuestro prisionero: dejad al punto libre á mi madre.

Rey. (*Con malignidad.*) Es muy justo: un rey no falta nunca á su palabra. (*A Jefferies.*) Ya veis la vigilancia que se ejerce en Londres, Jorge: aqui estaba, y ninguno de nosotros lo sabia. Los Sherifs que estaban de servicio quedan depuestos: dése una represension á los constables: la guardia que estaba á la puerta por donde él ha entrado vaya á los pontones. (*A Montmouth.*) Tenemos

que hablar los dos, querido sobrino. (*A los demas.*) Dejadnos. (*Van á marchar, y el rey los detiene.*) Desarmadlo antes. (*Desarman á Montmouth, que no opone resistencia.*) Hola! hola! el lobo se ha vuelto cordero... Andad. (*Aparte á Jefferies.*) Quédate por aqui cerca, Jorge... donde puedas ver y oir. (*Jefferies y la guardia se van por la puerta del foro: miss Lucía, Guillermo Penn y Ana entran en una habitacion lateral.*)

ESCENA XII.

EL REY. MONTMOUTH.

Mon. (*Echándose á los pies del rey.*) Señor, concededme la vida; no por mí, sino por mi madre, que moriria de dolor.

Rey. (*Con alegría feroz.*) Cobarde! ya te humillas á mis pies...?

Mon. (*Levantándose.*) Cobarde...! ah...! por qué no fuiste en persona á combatir conmigo, y hubieras visto si yo era cobarde? Ah! sí: me humillo, me postro á tus pies, y te imploro... la vida de mi madre...

Rey. Nómbrame tus cómplices... los rebeldes que te han seguido; quiero conocerlos á todos.

Mon. Cómplices...! no los tengo: yo no he encontrado mas que amigos, hermanos... casi todos han muerto por mí.

Rey. Muertos ó vivos, nómbramelos!

Mon. Jamas!

Rey. Está á mis pies, y aun muestra fiereza!

Mon. Señor, sepultadme en un calabozo, cargadme de cadenas... pero concededme la vida por mi madre.

Rey. La vida... ! Oh! eso es mucho pedir...! la muerte para tí y para toda tu raza...!

Mon. Sois mi tio, señor: esta raza es la vuestra. Yo soy hijo de vuestro hermano: vais á derramar vuestra propia sangre.

Rey. (*Con frialdad.*) No tiene duda... por eso cuando corre por mis venas sangre inficionada, alargo el brazo al cirujano para que me la saque.

Mon. (*Levantándose indignado.*) Oh...! palabras atroces...! solo podian salir de la boca de un Felipe II, de un Enrique VIII... ó de la tuya.

Rey. Ya renuncias á alcanzar mi clemencia?

Mon. Me avergüenzo de haberlo intentado. Tú has pensado que yo temia la muerte...! el mas cobarde de los tiranos me ha llamado cobarde...! esta sola idea es un horrible suplicio...! me despedaza... Ah! que me lleven á la muerte...! ya la imploro para que me libre de tu presencia... del cuadro espantoso de mi patria esclavizada. Llama, llama á tu verdugo real... nunca se habrá colocado bajo el filo de su hacha una víctima mas ilustre... haz que el mismo cadalso en que pereció el virtuoso Cárlos I, vea hoy rodar la cabeza de su nieto!

Rey. Y si á pesar de tu delito, de tu audacia, de tu insolencia... quisiera cerrar mi corazon á todo resentimiento... y no escuchar mas voz que la de mi clemencia real... qué dirias, Montmouth?

Mon. No te creeria. Jacobo II sabe cumplir muy bien todo lo que prometió el duque de York.

Rey. Sin embargo, ten por cierto lo que voy á decirte: tu madre posee un documento que me importa ver, tener en mis manos; que me lo entregue, y tienes tu perdon.

Mon. Y qué documento es ese, mas precioso para tí que mi sangre y tu venganza?

Rey. Qué te importa?

Mon. Mucho lo ambicionas...! no lo tendrás: prefiero morir.

ESCENA XIII.

DICHOS. MISS LUCÍA. GUILLERMO PENN.

Luc. (*Precipitada.*) No! no morirás...! su perdon has dicho...? ah! toma, tómalo, reina... pero vuélveme mi vida, vuélveme mi hijo...! (*Entregando al rey el acta de su matrimonio, sellada con el sello de Cárlos II.*)

Rey. (*Rebosando de gozo.*) Ya lo tengo!

Mon. Madre.. qué haceis...? qué contiene ese escrito misterioso...? hablad... hablad...

Luc. Tu perdon ha dicho...! ah! yo no debia titubear... Hijo mio, ese escrito es el acta solemne del matrimonio que me unia al rey tu padre...

Mon. Cielos..! y vos lo sacrificais...! No! yo no acepto esa conpra infame... mi cabeza por vuestro honor...! ja-

mas...! recobradlo, madre: señor, volved... volved ese escrito... enviadme al suplicio, estoy pronto... pero volved á mi madre ese título augusto.

Rey. Ya es tarde, Montmouth. Este escrito no saldrá de mis manos... En cuanto al suplicio, que con tal ansia reclamas... te lo concedo; mañana será el último dia de tu vida.

Pen. Gran Dios!

Rey. (*Con infernal sonrisa.*) Astucia, con astucia... es ley de buena guerra.

Luc. (*Fuera de sí.*) Cielo santo...! que perfidia tan atroz...! y vuestra promesa, señor..? y vuestra palabra real...? mirad que es un juramento sagrado...! la palabra de un simple caballero es un juramento...!

Rey. Nadie está obligado á cumplir palabras ni juramentos á un herege: mi conciencia está tranquila sobre este punto, y ya de antemano he recibido la absolucion de dos santos prelados de la iglesia.

Pen. (*Escandalizado.*) Ah! porqué he vuelto yo á Inglaterra... !!

Luc. (*Abatida.*) Qué horror... ! qué horror...!

Mon. (*Echándose á los pies del rey.*) Señor! señor! por piedad volved el honor á mi madre... no os ciegue la venganza... no os deshonreis á vos mismo... !!

Luc. (*Levantando á Montmouth con energía y dignidad.*) Ah! basta de humillacion. Levántate, rey de Inglaterra! no te arrastres á las plantas de ese execrable tirano. -- Triunfa, bárbaro! inmola de un solo golpe al hijo y á la viuda de tu hermano. Y tú eres rey... ! rey de un pueblo generoso... Jamas! -- La nacion que te repudió una vez, no tardará mucho en volverte á repudiar. (*Poniendo la mano sobre el corazon de Montmouth.*) Aqui es donde late un corazon de rey, que no desmiente su noble estirpe. Aunque no fuese hijo legítimo de Cárlos II, por sus virtudes, por sus elevados sentimientos era digno de ceñir una corona -- Tú ..! indigno del dictado de príncipe y aun de hombre... tú! traidor á tu sangre, á la fé jurada, á tu patria, á la gloria... infame! baja del trono; tú lo envileces... !

Rey. (*Retrocediendo aterrado.*) Hola! Jefferies...! Guardias...!

ESCENA XIV.

DICHOS. GEFFERIES. GUARDIAS.

Rey. A la torre... ! y que mañana su cabeza clavada en el asta de su bandera aterre á los facciosos y á los impíos. (*Jefferies hace seña á la guardia de apoderarse de Montmouth: éste los rechaza, y se arroja en los brazos de su madre.*)

Mon. Ah! madre...! madre... !!

Luc. Hoy sobre mi corazon... mañana en el cielo !!



ACTO CUARTO.

18 DE JULIO DE 1685.

Plataforma interior de la torre de Londres: en el fondo una puerta, cerrada con una verja de hierro, la cual da á una escalera, donde aparece á intervalos un centinela: á la derecha la torre de los presos: á la izquierda la torre principal, con una gran ventana y balcon saliente; la ventana está cubierta con un gran tapiz: en la escena algunos bancos de piedra.

ESCENA PRIMERA.

MONTMOUTH. HAMPDEN. RUSSEL. (*Hampden y Russel juegan al aljedrez: Montmouth los mira, apoyado contra un ángulo de la muralla.*)

Ham. Saltais demasiado con los caballos, milord; cuidado no me los trague con mi torre... como nos sucede á nosotros con esta.

Rus. Es verdad; pero vos, amigo Hampden, teneis á vuestro rey en jaque, y lo vais á perder...

Mon. (*Con tono festivo.*) No creo que se perderia gran cosa...

Ham. Oh! milord...! no os habia visto...

Mon. He querido respirar un poco el fresco de la mañana...

Rus. (*Aparte á Hampden.*) Pobre príncipe...! creo que nada sabe...?

Mon. No admirais, amigos, la marcha de los tiempos, y la filosofia de la historia? En esta misma plataforma fue decapitado lord Hastings; y dos presos políticos juegan hoy al aljedrez sobre la piedra que le sirvió de cadalso.

Ham. (*Echando al suelo el tablero.*) Ah...!

ESCENA II.

DICHOS. JERWIS, *agitado.*

Jer. Ah! milord Russel... será verdad lo que dicen...? será verdad que van hoy á ajusticiar á nuestro valiente duque de Montmouth...?

Rus. (*Queriendo hacerle callar.*) Chit...! imprudente...!

Mon. Sí, camarada, eso será lo mas probable... el rey Jacobo II no gusta de que se le apolillen los presos.

Ham. (*Ap. á Montmouth.*) Príncipe...!

Mon. (*Ap. á Hampden.*) Dejad... dejad.

Jer. Ah! tigres...! han pasado la noche levantando el cadalso... mirad... al pie de la segunda torre... desde aqui se ve... todo cubierto de terciopelo negro.

Mon. Hola! hola...! eso es mucho lujo...! quieren tratarlo como príncipe.

Jer. Aqui, ni aun sabiamos que lo hubiesen cogido... Y sin juzgarlo! al hijo de un rey...! á un par de Inglaterra y de Escocia...! con que ya no hay aqui justicia...?

Rus. No, amigo Jerwis...! hace mucho tiempo que los paganos la colocaron en el número de sus falsós dioses.

Jer. Y hemos de sufrirlo...! y somos ingleses...! y somos hombres...! ah! si yo estuviera libre...! no soy mas que un pobre cervecero de Billing-Street... pero habia de armar una...! yo corria las calles... amotinaba al pueblo... y le libertaba, voto á Cristo...! y estoy aqui encerrado por orden de ese papista Sunderland... como sedicioso...! porque amo mi religion y mi patria...!! (*Casi llorando.*) Pero señores, no se podrá hacer algo...?

Mon. Nada, amigo mio; sufrir y esperar. (*Ap. á Russel, apretándole la mano.*) El pueblo me ama...! llora mi muerte...! ay! Russel, qué dulce consuelo es este...! (*Ana aparece á la puerta del fondo: Jerwis la ve, y se dirige á ella.*) Ahora os prometo, amigos, que me vereis morir como príncipe y como soldado... no me faltarán ya las fuerzas ni el valor. (*Dirígese á la torre: Jerwis, fuera de sí, le detiene, y se echa á sus pies.*)

Jer. Señor...! sois vos...? sois vos el duque de Montmouth...? Oh! príncipe mio...! mi amado príncipe...! y

ha de perderos asi la Inglaterra...? no! no! vos no debeis morir, milord...! dejadme á mí ocupar vuestro lugar... yo moriré con orgullo porque salvo la vida al defensor del pueblo, y el pueblo me bendecirá...! no me negueis esta gracia... yo os lo suplico... tomad mis vestidos... tiznaos el rostro... nadie os conocerá... y yo... yo... iré á que me corten la cabeza como si fuera un noble.

Mon. (*Sonriendo.*) Pobre Jerwis... has perdido el juicio...! Vamos, vamos, vuelve en tí. Á mis plantas un ciudadano inglés...! no te arrodilles mas que á Dios... Levántate; ven á mis brazos...! (*Le abraza.*)

Jer. (*Llorando.*) Milord...! milord...!

Mon. (*Enternecido.*) Ah! sí... sí... muero gozoso...! soy amado del pueblo...! (*Con dignidad.*) Russel, Hampden, diputados del pueblo, me hareis el honor de acompañarme hasta el pie del cadalso...? no perdereis vuestra popularidad... sereis los últimos cortesanos de un rey que no tiene corona, y en breve ni aun tendrá en que llevarla.

Ham. Acompañaremos á vuestra gracia. (*Salen Sunderland y Morrai ricamente vestidos.*)

ESCENA III.

DICHOS. SUNDERLAND. MORRAI.

Rus. Morrai y Sunderland en la torre? Ah! su presencia aqui, en estos momentos, es un insulto amargo.

Mon. Oh! y en trage de gala...! bien! bien! señores del consejo de conciencia... ese trage es de muy buen gusto, y digno de vuestras señorías... Buenos dias, señores... podeis decir á mi buen tio, el duque de York, que habeis visto al duque, Jacobo de Montmouth, en el momento de ir á la muerte, olvidando que es sobrino de Jacobo II, pero recordando que es nieto de Cárlos I. (*Entra en la torre, seguido de Hampden y de Russel.*)

Jer. Y si algun verdugo subalterno, que no conozca todavía á sus gefes, pregunta: "quiénes son esos señores tan compuestos?" el asesino Jefferies puede responderle: "saluda á tus gefes; esos son los amigos del rey, el cobarde Morrai y Sunderland el apóstata." (*Aléjase.*)

Sun. (*Riendo.*) Voy á dár orden para que ahorquen á ese pícaro de una reja.

Mor. Ah! aqui viene el lord gran-justicia.

ESCENA IV.

DICHOS. JEFFERIES. SOLDADOS.

Voces. (*Dentro.*) Jefferies...! Jefferies...! el verdugo...!

Jef. (*Volviendo la cabeza.*) Sí... Jefferies... el mismo. Parece que he llegado á buen tiempo... el rebaño empezaba á balar.

Mor. (*Asustado.*) Qué...! hay motin, lord canciller...?

Jef. Oh...! á mí no me meten miedo... yo los entiendo. Dos filas de alabarderos al costado izquierdo, y los carabineros á caballo rodeando la torre. (*A un oficial.*) Coronel, colocad el regimiento real-escocés á tres de fondo al rededor del cadalso. Que bajen las verjas de la puerta grande, y que no dejen acercar á nadie. (*Vase el oficial.*)

Sun. (*Ap. á Jefferies.*) Se puede contar con ese regimiento?

Jef. (*Riendo.*) Mucho...! gracias al buen Barillon, esta mañana se les ha dado una mesada. (*Haciéndoles notar que ha cesado el tumulto.*) Veis qué silencio...? En cuanto yo he llegado.

Sun. (*Contento.*) Oh! sois un hombre admirable!

Mor. (*Aparte.*) Pues yo no las tengo todas conmigo! (*Al marcharse con Sunderland óyese ruido á lo lejos. Aparece miss Lucía con Guillermo Penn: un destacamento de soldados los acompaña, cerrando filas á sus espaldas.*)

Voces. Miss Lucía...! plaza! plaza á miss Lucía y á Guillermo Penn...!

Un oficial. (*Apresurado.*) Milord canciller, acaba de ocurrir un suceso estraordinario que puede tener funestos resultados.

Jef. Qué ha sido... pronto!

Oficial. Un preso que habia en esta torre, llamado Jerwis, que segun parece tiene mucho ascendiente con el bajo-pueblo, y es uno de los mas osados y revoltosos, acaba de arrojarse de lo alto de la esplanada; ha caido

en medio de la multitud sin hacerse el menor daño, y marcha capitaneando un inmenso grupo á las voces de: "Carta y Libertad...! salvemos á Montmouth!"

Jef. (*Desde la muralla.*) Condenacion...! soldados, despejad la plaza... cargad al pueblo... Eso es...! de corte... voto va Dios...! de corte...!

ESCENA V.

DICHOS. MISS LUCÍA. GUILLERMO PENN.

Luc. (*Llegando al medio de la plataforma, y viendo á Sunderland.*) Ah! ya debia yo esperarme encontrarte aqui, Sunderland: este espectáculo es muy digno de tí!

Sun. Qué es esto? Es hoy aqui la reunion de los cuákeros y de los puritanos?

Pen. (*Con gravedad.*) Hoy es aqui la reunion de los que saben morir por Dios y por su patria... Por consiguiente, no es este tu sitio, vil renegado... vete de aqui... no ves el horror que inspiras á todos...?

Jef. (*Adelantándose.*) Soldados, alejad esta muger.

Luc. Alejarme á mí...! veamos si uno solo de estos alabarderos, si el mismo Jefferies se atreve á alzar siquiera los ojos delante de la viuda de su rey!

(*Jefferies da algunas órdenes, y se va por la torre de la izquierda, donde está el cadalso.*)

Pen. (*Con esfuerzo.*) Cómo...! ni aun la mansion de la muerte está protegida por las leyes...? hemos de ver á los verdugos insultando á sus víctimas...? En nombre del Dios de paz, Roberto Sunderland huye de este sitio en que tu presencia autoriza el asesinato... Vete, vete...! no hagas derramar la sangre de los ciudadanos...! (*Persigue á Sunderland con su accion y mirada: éste y Morrai, aterrados, se van por la derecha.*)

ESCENA VI.

MISS LUCÍA. GUILLERMO PENN. SOLDADOS *en el fondo.*

Pen. Hija mia! te ruego que no permanezcas mas tiempo en estos sitios: esta prueba es superior á tus fuerzas...

Luc. Pero no superior á mi valor: aqui me quedo. Pues qué!

mi hijo, mi hijo de mi alma habia de morir sin ver á su madre! sin recibir su último beso! cuando por ella se ha sacrificado... cuando por ella muere! Ah! tened confianza en mí; vos no sabeis aun, querido amigo, cuánta energía ha puesto Dios en el corazon de una madre y en la fé de una cristiana!

Pen. (*Queriendo disimular su emocion.*) Mi alma se despedaza!

Luc. (*Estrechando su mano.*) Qué es esto! amigo mio...! tendré yo que daros ejemplo de valor y serenidad...? ahora es cuando mas lo necesitamos!

ESCENA VII.

DICHOS. MONTMOUTH. HAMPDEN RUSSEL. MIEMBROS DE JUSTICIA. OFICIALES. SOLDADOS. (*Montmouth saca un trage severo, pero rico y elegante; viene rodeado de miembros de justicia y de soldados: su continente magestuoso, y su aspecto sumamente tranquilo.*)

Mon. Ya veis que cumplo mi palabra, señores; he vestido el trage de ceremonia... me figuro que estoy en un dia de batalla, y que quedo en el campo. (*Viendo á miss Lucía, y conmoviéndose.*) Ah! madre...! madre mia...! á qué habeis venido aqui...! Guillermo, por qué lo habeis consentido...? Ah! yo estaba resignado á morir... pero veros aqui! veros sufrir tanto...! esto es morir dos veces!

Luc. (*Con firmeza.*) Montmouth... no vengo á darte ejemplo de debilidad, sino de entereza, de energía sublime...! vengo á animarte á morir: hijo mio, muere como noble inglés, muere como rey... y que tu madre te abrace!

(*Profundo silencio interrumpido solo por algunos sollozos.*)

Mon. Mi corazon no flaqueaba; pero el veros aqui me ha turbado... Ah! vuestra presencia me hace desfallecer...!

(*Abraza á miss Lucía, y estrecha la mano de Guillermo Penn.*)

Pen. (*Muy enternecido.*) Jacobo...! Jacobo...! hijo mio...!

(*Jacobo le aparta con dulzura, y se pasa la mano por la cara.*)

Mon. Acabemos...! sea este el último momento de debilidad.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL PADRE PITER.

Pit. (*Oculto hasta ahora entre los soldados, se acerca temblando.*) Hijo mio, en esta hora suprema no aceptareis los sacramentos de nuestra santa religion?

Mon. Vos aqui...! vos...! ah...! esto es demasiado...! quién os ha llamado...? quién os envia?

Pit. Solamente mi celo me trae á vuestro lado, príncipe.

Mon. Y la esperanza de arrancar á la flaqueza de un moribundo una vil apostasía que te haga valer mas junto á tu amo...! Retírate, sacerdote impostor...! y tú te llamas apostol de Dios...! Ah! Si un Dios justo quiere que haya intérpretes entre él y sus criaturas, elegirá corazones puros y virtuosos... (*Tomando la mano de Guillermo Penn.*) Hé aqui, hé aqui los ministros que su justicia reconoce: hé aqui los hombres que coloca en la tierra para consolar, para iluminar á sus hermanos. Pero tú, infame, tú vienes á gozarte en mi muerte...! gózate en buen hora... pero dime, qué hiciste con mi padre...! respóndeme... (*Con amarga intencion.*) Asesino...!! (*Piter retrocede aterrado.*) Ingleses, amigos, soldados, yo muero en la religion anglicana que todos seguis, en el respeto del Evangelio, y en la esperanza de otra vida mejor.

Los soldados. Gracia...! perdon...! (*Rodeando á Montmouth.*)

Un oficial. Valor, príncipe mio...! todos lloramos por vos.

Un soldado. (*Enternecido.*) Príncipe...! yo rogaré por vos!

Todos. Perdon...! perdon!

Ham. (*Sosteniendo á Russel.*) El crimen se va á consumar...! Soldados... desde este dia el rey Jacobo ha firmado su abdicacion con el hacha de Jefferies...! (*El desorden se aumenta... Montmouth da la mano á varios soldados, los habla, les exhorta, les impone silencio: sus palabras restituyen el orden: vuelven á sus filas.*)

Mon. Amigos...! amigos mios...! basta...! no haya desorden... no turbeis mis últimos instantes...! Sí, muero inocente; muero vuestro amigo y vuestro príncipe... pero

que mi sangre sea la única que se derrame... guardad la vuestra para verterla por la patria, y no la entregueis á los verdugos de Jacobo de York. Union, ingleses! no mas cisma... no mas partidos... y no mas guerra civil...!! Ah! el cielo es testigo de que al armar mi brazo no ambicionaba una corona... ni puse el pie en mi amada patria sino para arrojar de ella á sus opresores y entronizar la fé, la justicia y la libertad.

Los soldados. Perdon...! perdon...! (*Vuelve á anunciarse el desorden: aparece Jefferies.*)

ESCENA IX.

DICHOS. JEFFERIES. EL VERDUGO.

Jef. Milord, estais pronto?

Mon. (*Con serenidad.*) Hace tiempo que lo estoy.

Jef. Vamos.

Mon. (*Abrazando á su madre.*) A Dios, madre mia...! (*A Penn.*) Amigo mio, yo os lego á mi madre... es lo único que amo en el mundo...!

Jef. (*Aparte al verdugo.*) A la señal de este pañuelo caiga su cabeza.

Mon. (*Desprendiéndose de su madre.*) Vamos. (*Apóyase en Russel y Hampden, y marcha con paso firme por la izquierda, seguido del verdugo y miembros de justicia. Miss Lucía y Guillermo Penn quedan inmóviles.*)

ESCENA X.

MISS LUCÍA. GUILLERMO PENN. JEFFERIES. UN OFICIAL, *precipitado.*

Oficial. Milord canciller, este pliego: del rey.

Jef. Del rey...! (*Abrelo rapidamente, y lee.*) "Jorge, los diputados de la cámara me rodean... el pueblo está amotinado... *si no es tarde*, suspende la ejecucion." Oh rabia...!! (*Oyése tumulto á lo lejos, que se va acercando.*)

Luc. (*Saliendo repentinamente de su estupor.*) Dejadme...! dejadme...! hijo mio...! Montmouth...! ah! venganza...! mueran los tiranos...! (*Corre como loca, dando vueltas á

la escena, sin fijar la vista en nada. El tumulto se acerca: óyense voces de inmenso pueblo.)

Voces. Libertad...! Montmouth...!

Jef. Soldados...! preparaos...! (*Desnuda la espada y se coloca en la puerta del foro al frente de los alabarderos. El pueblo sube la escalera: Jerwis lo capitanea: tumulto horrible.*)

Luc. (*Llamando al pueblo frenética.*) Entrad...! venid...! libertadlo...!

Jef. Soldados...! á ellos...!

Jer. (*A la cabeza del pueblo.*) Ingleses...! viva Montmouth!

Soldados. Viva...! (*Abren paso al pueblo, fraternizando con él. El pueblo penetra en tumulto.*)

Jef. Traidores... !!

Jer. y pueblo. Montmouth...! Montmouth...! (*Redoble de tambores en la plaza.*)

Luc. Por aqui... por aqui...! (*Señalando á la izquierda.*)

(*Jefferies quiere cerrar el paso: Jerwis lo atraviesa, pero antes de ser herido esclama:*)

Jef. No le salvareis! (*Al caer, hace seña con el pañuelo: óyese el golpe del hacha, al tiempo que miss Lucía guiaba hácia la izquierda, y al oir el golpe cae desplomada.*)

Luc. Ah!!

Pen. Ya es tarde! (*El pueblo, que se arrojaba hácia la izquierda, queda inmóvil. Suena la campana: el pueblo se arrodilla.*)

Pen. (*De pie, con el sombrero puesto, elevando las manos al cielo, y en tono solemne.*) Ultimo vástago de los Estuardos...! sube á los cielos!!

FIN.

Se vende en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, donde se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.*

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Fígaro: coleccion de sus artículos y demas obras dramáticas, literarias, políticas y de costumbres: consta de trece tomos en octavo.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlos.

Cartas de Fígaro.

Sátiras de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.

El dogma de los hombres libres, ó las Palabras de un Creyente: un tomo en 8.º á 10 reales.

Respuesta de un Cristiano á las Palabras de un Creyente: un tomo en 8.º á 10 reales.